

## BIBLIOGRAFIA

---

*Camino de Violetas*, poesías por ENRIQUE P. MARONI. (Buenos Aires, 1929).

Sospechamos que este *Camino de Violetas* es el primer libro de poesías que publica Enrique P. Maroni, sospecha originada, primero, por su calidad ínfima (claro está que podría ser un primer libro y bueno); segundo, por esas diez líneas que hacen como de prólogo, en intento de señalar el espíritu del volumen (el autor cándidamente cree que lo tiene) y que son un modelo de cursilería; y tercero, por la inclusión de esa su fotografía — fútil vanidad — que antecede a las líneas de marras. (El señor Maroni aparenta ser un hombre respetable: la calvicie y los lentes de carey que gasta, contribuyen notablemente a dar esa impresión).

Rojas Paz olvidóse de consignar en *Las enfermedades del libro argentino* a estos rimadores fáciles, amantes ardorosos del ripio, que creen hacer poesía porque miden escrupulosamente — con los dedos — las sílabas de las palabras y riman unos cuantos gerundios y otros tantos diminutivos.

Es rara la composición (descomposición habría que decir) en la que no se lea:

Tengo un ansia loca  
de besarte en la boca,

o sino, algo así como:

Que me miren siempre tus bellos ojos  
y que me besen  
tus labios rojos  
como guindas,  
Señora linda de mis antojos!

Lo alarmante es que los Maronis abundan y aumentan — en progresión geométrica — de manera aterradora.

Es tiempo de que se organice un "Tribunal Pro Poesía", encargado de permitir o prohibir la publicación de libros de tal carácter. De haberlo, no hubiera aparecido este *Camino de Violetas*, su autor podría haber dedicado el tiempo que empleó en cometerlo, en menesteres útiles para sí y para sus semejantes y nosotros no hubiésemos tenido ocasión de culparlo del mal rato que nos hizo pasar. Pero el Tribunal no existe y el libro se ha publicado.

Es realmente conmovedor el ingenuo optimismo del señor Maroni, cuando llama "poesía" a lo que escribe y cuando confiesa candorosamente el intenso amor que siente por sus versos.

Para que el lector se dé idea, aunque pálida, de la factura del libro que comentamos, vaya la siguiente cuarteta con que termina la composición "Dudas", en la que el poeta, no, perdón, el señor Maroni, se pregunta cómo será "ella":

Conteste, diga, responda,  
no sea así tan hereje,  
no haga mi duda tan honda.  
¿Quiere que la ame o la deje?

Otras veces, la falta de sentido es tan evidente, como por ejemplo, en "Traicionera", que recuerda mucho a la letra del tango "Entrá nomás...": la mala mujer que ha traicionado a su hombre.

Aunque te siga atendiendo  
has perdido mi confianza,  
hasta la última esperanza  
en mi corazón murió;  
y si alguna vez te beso  
porque el recuerdo me obliga,  
será en tu frente amiga,  
pero por quererte... no!

¿Frente amiga? ¿En qué quedamos? Y en este caso no es la rima la que le exige esa calificación amistosa, puesto que "frente enemiga" hubiera igualmente rimado y estaría más en consonancia este adjetivo con la acción traidora de la mujer.

Se nos puede aducir que todo primer libro no debe juzgarse con severidad, y en efecto, pensamos lo mismo, pero eso cuando en medio de las faltas de que adolece, se entrevé algún acierto, cuando se trata de deficiencias formales, que con el tiempo y la constancia, es de esperar se corrijan, o cuando el autor está en edad de cumplir con sus obligaciones militares; pero en el caso del señor Maroni no hay nada de esto, su fotografía nos denuncia que ha pasado, hace años ya, la época de

las travesuras, y si nada hay que merezca aislarse de la pobreza e insulsez que caracterizan su libro, nada se puede esperar de él, en el terreno de la poesía, que en mala hora se le ocurrió profanar.

Tenemos entendido que el señor Maroni es autor de sainetes y de epidérmicas revistas, como diría Bonet; se nos ocurre que algunas "poesías" de su *Camino de Violetas* se pueden aprovechar en la confección de cuadros de ese último género. Por ejemplo, la titulada "Canción Bohemia": el escenario podría representar una calle de los suburbios, de noche: un viejo paredón en el fondo, el irremediable farol y un actor que — pálido, melenudo — recitase con hondo patetismo (y hasta si se quiere, acompañado con guitarra):

Yo me siento muy humilde, yo me siento muy bohemio,  
un bohemio a mi manera, raro, triste, visionario;  
para todos mis ensueños no ambiciono nunca un premio,  
no merece ningún premio mi vivir estrafalario (1).

Y estoy seguro que seguirían a esto, espontáneos aplausos. Aplausos espontáneos de la siempre generosa "clac".—L. Ostrov.

*Signos y Símbolos*, de EDUARDO R. VACCARO. (Editorial J. Samet).

*Signos y Símbolos*, primer libro de Eduardo R. Vaccaro, lo señala a la crítica como un poeta de positivos méritos. No tiene, solamente, carácter de revelación, sino que adiciona a ello la hermosa diadema de lírico consagrado. Parecerá extraño afirmar que un primer balbuceo de las musas signifique ya un triunfo consagratorio. Eduardo R. Vaccaro da la pauta de esa posibilidad, revistiendo sus imágenes con un justísimo y acertado ropaje lírico.

Busca, en la poesía, el anestésico para su excitación nerviosa, el refugio que amaine sus violencias de espíritu inquieto, el descanso a sus horas de febril tarea y de ásperas luchas hacia un anhelo superior.

Nada de apoyarse en el báculo de un dogma consagrado como hábil recurso de ganar prestigio, fácilmente, en las compactas filas del mundo poético. El corselete impuesto por

(1) ¿A qué premio se referirá? ¿Al Municipal?